

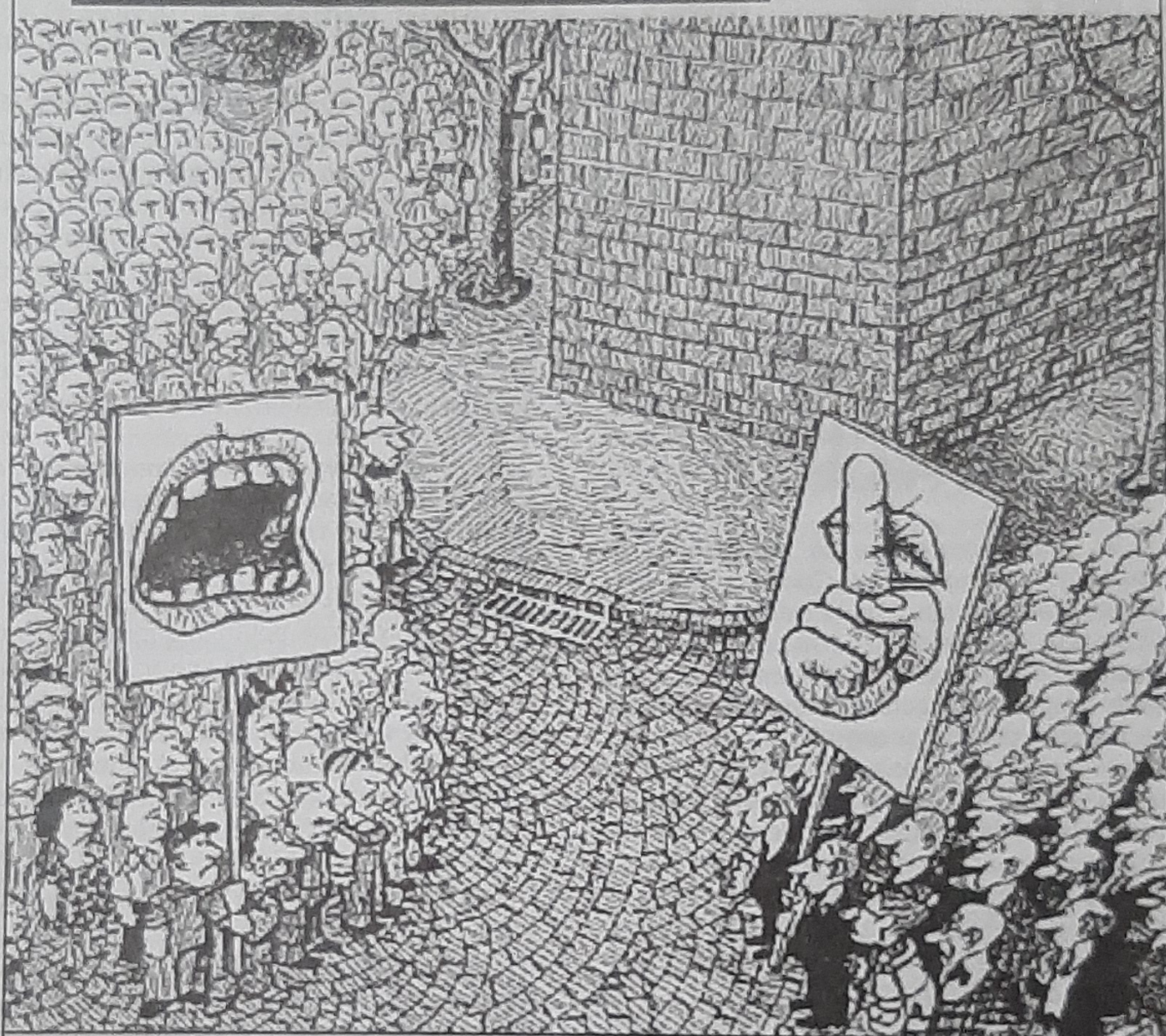
La Comuna

Revista teórica-ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



Nº 18 • Enero de 2005

2 pesos



Página 2		Editorial
Páginas 3 a 6		Sobre la exportación de capitales
Páginas 7 a 9		Unidad popular: Una concepción para la lucha por el poder
Páginas 10 a 12		El gran teatro de la democracia burguesa
Páginas 13 a 15		Reformismo y contrarrevolución (Primera parte)

En este nuevo número de La Comuna, se desarrollan diversos temas que consideramos centrales en el debate ideológico, en momentos en donde la burguesía monopolista no ahorra esfuerzos intentando embarrar la cancha de la lucha de clases.

En el primer artículo, Sobre la exportación de capitales, se aborda el tema explicando las diversas y múltiples formas que adquiere dicho proceso, desnudando el cuento burgués de que necesitamos capitales para desarrollarnos, y demostrando que el actual gobierno continúa saqueando y profundizando la miseria de nuestro pueblo. Porque la exportación de capitales es una necesidad del imperialismo y no una demanda de los pueblos, como nos quieren hacer creer.

En Unidad Popular: Una concepción para la lucha por el poder desarrollamos diferentes elementos frente a la necesidad de plasmar una opción revolucionaria. Las nuevas camadas de luchadores que se incorporan todos los días al combate político requieren de una táctica y una estrategia de unidad popular que sirvan a los intereses de la lucha por el poder, que no son otros que los intereses de la mayoría del pueblo argentino. Así, el sello de la autoconvocatoria es una marca indeleble en toda experiencia que las masas emprenden por sí mismas.

En El Gran Teatro de la Democracia Burguesa, se ponen de manifiesto los diferentes ejes del engaño que el poder trata de sostener frente a la sociedad. Cambiar todo para que nada cambie ha pasado a ser la herramienta predilecta de la burguesía, pero la desconfianza crece y los trabajadores y el pueblo solidifican su experiencia a través del enfrentamiento.

Por último, se publica la primera parte de un trabajo que profundiza el tema del Reformismo en varias de sus facetas y características, justamente en momentos en donde afloran en nuestro país diferentes actitudes políticas teñidas de dichas prácticas, que atentan contra el proceso revolucionario y contra las genuinas luchas del proletariado y del pueblo en general. En una segunda parte -que publicaremos próximamente- abordaremos el tema de la lucha por la toma del poder, otro aspecto que los reformistas niegan y que los coloca en la vereda de enfrente de los revolucionarios y el pueblo.

Sobre la exportación de capitales

¿Existen capitalistas que puedan liderar un proyecto de país en defensa del interés nacional?

¿Necesitamos capitales para desarrollarnos?

¿Existe un capital productivo “bueno” que lucha contra un capital especulativo “malo”?

¿Alguna vez los capitales dejaron de invertir en nuestro país?

Las respuestas a estas preguntas dan base al artículo que presentamos, en el que se concluye que políticamente es imposible plantear modificar la succión de capitales (trabajo acumulado) sin destruir el sistema que genera dicho mecanismo.

Lo primero que nos viene a la mente cuando hablamos de exportación de capitales es la inversión de medios de producción en un país distinto al que dio origen al capital de que dispone el capitalista. Pensamos en una masa de dinero que se invierte en bienes de capital: edificios para montar una industria, máquinas, infraestructura, etc.

Pero las formas que adopta el capital son múltiples y, por lo tanto, también son diversas las exportaciones del mismo.

También se exportan capitales cuando se venden mercaderías y las ganancias de dicha venta no regresan a la nación en donde se fabricó; los empréstitos internacionales; la emisión de bonos, títulos, acciones, etc., por los cuales se obtiene dinero efectivo a cambio de lo cual se documentan pagos a futuro con inclusión de intereses; pre financiación de exportaciones; depósitos off shore; y otros mecanismos financieros.

Exportación de capitales presupone un país del que se sacan recursos y otro u otros países a los que van destinados los mismos, con el fin de multiplicarlos y darles el mismo u otro destino. Exportación de capitales e importación de capitales son dos caras de la misma moneda.

Lenin, en su libro El Imperialismo fase superior del Capitalismo, al analizar la época más desarrollada, y a la vez decadente, del capitalismo, señaló a la exportación de capitales como una de las características esenciales del imperialismo.

El proceso de concentración y centralización monopolista, las anexiones directas o indirectas de territorios, fuentes de materias primas, recursos naturales no renovables, etc., fue eliminando fronteras nacionales hasta alcanzar el punto de la globalización actual convirtiendo al mundo completo en un solo gran mercado sin fronteras para los monopolios.

Profundizar el análisis sobre esta característica del imperialismo nos permitirá reforzar fundamentos para combatir el engaño de la burguesía monopolista sobre este mecanismo a través del cual obtiene no sólo las ganancias de la apropiación de la plusvalía de los obreros y trabajadores que intervienen directamente en la producción y distribución de los productos industriales sino, además, de la parte de plusvalía que los monopolios más poderosos arrebatan a otros sectores de la burguesía que la obtuvieron mediante la explotación del proletariado.

En este sentido, los bancos cumplen un papel fundamental ya que, de ser simples intermediarios de pagos diversos en los tiempos iniciales de su existencia, pasaron a ser los poseedores del capital dinero de toda la sociedad organizada bajo la forma capitalista de producción.

Los bancos fueron condicionando el destino del capital, marcando pautas de inversión, es decir a quiénes, cómo, dónde y cuándo se “otorgan” los “beneficios” del préstamo para la posterior ejecución de los negocios.

Pero como la reproducción del capital es originada en la extracción directa de la plusvalía, es decir en el proceso productivo, fue necesaria la asociación o fusión del capital bancario con el industrial, pues este último, a la vez que generador de plusvalía es también destinatario del dinero para la inversión de otra nueva fuente de plusvalía. Así como entre los dueños y funcionarios de bancos encontramos a titulares y gerentes de empresas industriales, las acciones de los bancos son de propiedad de industrias y viceversa. Este instrumento del cual se valió lo más concentrado de la oligarquía financiera puso a disposición de los capitales monopolistas los recursos de todo el esfuerzo social de países enteros. La masa de capital que se comenzó a manejar a través de la disponibilidad del dinero bancario es de tal magnitud que ni la mente ambiciosa del mayor capitalista de la época mercantilista pudiera haber imaginado.

No existen capitalistas que puedan liderar la defensa del interés nacional

En su búsqueda de fuerza de trabajo barata y costos inferiores, esa gran masa de capitales llevó a la anexión de territorios, fuentes de materias primas, en suma, eliminó la frontera nacional establecida por la burguesía pre monopolista como fundamento de unidad económica, política e institucional para el desarrollo del mercado interno y la producción a gran escala mediante el desarrollo de la manufactura, primero, y de la gran industria, después.

La política colonial, que en un principio fue vehículo de desarrollo del comercio para la colocación de las mercancías producidas en el territorio nacional o la obtención de materias primas baratas para la elaboración de dichas mercancías, pasó a constituir, mediante la exportación de capitales, una fuente de obtención de masa de plusvalía y sostenimiento de altos porcentajes de ganancia a una escala tan inmensa que los grandes capitales sometieron a todos los capitales que terminan sirviendo a un grupo selecto de los más concentrados, transformando en caduco todo lo conocido hasta ese momento, ocasionando que ya no hubiera marcha atrás en ese proceso.

La exportación de capitales profundizó la política colonial y le fue imprimiendo nuevas formas a los procesos de anexión sometiendo económica y políticamente a países y regiones continentales enteras aunque dichos países y regiones mantuvieran gobiernos e instituciones con apariencia independiente o soberana.

Dentro del sistema capitalista es imposible pensar que las fronteras de un país como el nuestro puedan cerrarse para facilitar el desarrollo de los bienes, infraestructura y medios de producción necesarios para la satisfacción de las necesidades populares, pues nuestro territorio, para el imperialismo, ya no constituye una unidad nacional dentro de la cual pueda desarrollarse una fuerza productiva propia, pues a esta altura de la historia representa un eslabón más en el gran mercado mundial en el cual la “fabricación” de plusvalía a altísima tasa es la prioridad, a costa, necesariamente, del desarrollo ansiado por las necesidades populares.

Nuestro país es un punto más en el globo terráqueo en donde circula y se desarrolla el capital mundial y, por lo tanto, la producción de plusvalía globalizada manejada por un puñado de monopolios.

La exportación de capitales se ha generalizado y se desarrolla en este mundo sin fronteras para los negocios imperialistas de tal forma que hoy es imposible concebir los negocios de los monopolios ajenos a la exportación de capitales.

¿Necesitamos capitales para desarrollarnos?

Cuando los gobiernos de turno que sirven al imperialismo en nuestro país nos hablan de la necesidad de la inversión de capitales, tomando en cuenta todo lo anteriormente mencionado, podemos ver claramente que tal necesidad es de ellos y no de nosotros.

El engaño radica en querer hacernos creer que este pueblo necesita de la instalación de capitales para poder prosperar logrando un mejor nivel de vida. Contrario a ello, la inversión de capitales genera más pobreza.

Un punto de inflexión en este sentido fue el gobierno de la dictadura militar instalado en 1976. Durante el gobierno institucional anterior al golpe, decidir un empréstito internacional para el emprendimiento de construcción de obras de infraestructura tales como caminos, represas hidroeléctricas, o destinado a pre financiación de importaciones, etc., constituía una cuestión de Estado que requería de la discusión y aprobación de la iniciativa en el Congreso y luego la sanción por parte del poder ejecutivo nacional. Un problema de Estado que disparaba mecanismos, en cuanto a la toma de decisiones al respecto, que resultaban sumamente lentos y engorrosos para las necesidades urgentes de los monopolios.

En aquellos años, la masa de dinero “sobrante” que existía en el mundo de los negocios, requería rápida colocación para reproducirse y crecer (generar plusvalía). Esta necesidad de los monopolios se daba de patadas con la lentitud de las instituciones democráticas burguesas. Por su parte, el nivel de enfrentamiento alcanzado por la lucha de clases en esos años, se erigía en un muro infranqueable para las apetencias de los monopolios.

Una vez instalado el gobierno militar rápidamente se abrieron las puertas al ingreso de dichos capitales con los que se hicieron millonarios negocios. Los préstamos otorgados a la dictadura militar por los bancos y organismos financieros mundiales fueron cuantiosos. La importación de capitales rápidamente mostró su contracara de exportación de capitales dejando expuesta una deuda de más de 40 mil millones de dólares, cinco veces superior a la que había dejado el gobierno de Isabel.

A partir de allí, todos los gobiernos “constitucionales” como el de Alfonsín, Menem, De la Rúa, Duhalde y ahora el de Kirchner, facilitaron la importación-exportación de capitales mediante el impulso de leyes que le dan agilidad y continuidad. Cuando el funcionamiento de la institucionalidad de la democracia burguesa se vuelve lento y pesado para el libre flujo de los capitales se echa mano a las leyes de emergencia económica que todos los mencionados gobiernos utilizaron para tal fin, es decir, para esquilmar las riquezas y esfuerzo productivo de toda la población en beneficio de un puñado de monopolios internacionales.

El recurso de la deuda ha significado, sobre todo en los últimos treinta años, una succión enorme de plusvalía. Sólo en el presente año, el gobierno de Kirchner regaló unos 10 mil millones de dólares a la oligarquía financiera a través del pago de intereses de la deuda convirtiéndose así en el gobierno que más pagó por ese concepto. Pero sería un error pensar que si dejásemos de pagar la deuda se terminaría con la exportación de capitales. Cuando se habla de inversión de capitales que vienen de países como China, Corea, India o cualquier otro, no se trata de inversiones de los mencionados Estados, sino de capitales

que utilizan dichos Estados para hacer negocios explotando al pueblo argentino y succionar beneficios en forma descarada.

La mentira del capital productivo “bueno” contra el capital especulativo “malo”
Hemos escuchado hasta el hartazgo que existen capitales productivos que nos llevan al bienestar y capitales especulativos que hundan al país.

Si dijimos que los capitales de préstamos son dineros disponibles que salen de la producción y que luego se vuelcan nuevamente en la producción para obtener más plusvalía, lo anterior es una falacia sin remedio. La oligarquía financiera es rentista y por lo tanto parasitaria, y eso habla de los altos intereses que obtiene como ganancia y de los mecanismos financieros que utiliza para apoderarse (con el único esfuerzo de cobrar dividendos de sus acciones) de la plusvalía de países enteros, aunque ello no significa que exista otro tipo de capital beneficioso para los pueblos. Detrás de esa mentira quiere esconderse la explotación directa del trabajo asalariado en la producción, pretendiendo presentar a dicha inversión de capitales como opuesta a los bancos y escondiendo los intereses de la gran industria fusionada con el capital bancario mundial.

Este Estado al servicio de los monopolios importa capitales que vienen para obtener más plusvalía, y el hecho de que se haya invertido una cantidad determinada de dólares para obtener una suma mayor, no significa que esa suma mayor sea para beneficio del pueblo; todo lo contrario, termina resultando una pérdida de recursos, riqueza, esfuerzo, etc. que van a engrosar la bolsa de los capitales mundiales. En caso de reinvertirse en nuestro país, dichos recursos están destinados a producir más y más capital para la oligarquía financiera internacional, o lo que es lo mismo, más plusvalía para ellos, y su contrapartida de mayor pobreza para nosotros.

Cuando, por el contrario, esos capitales encuentran mejores condiciones (mayor tasa de ganancia) en otros países, se evaden fronteras afuera, que es lo que pasa normal y cotidianamente en nuestro país, con las exportaciones de petróleo, minerales, alimentos y otros bienes.

Es decir que en Argentina, la exportación de capitales es permanente, tanto los que ingresan como los que se van. Pero ambos tienen un denominador común: la apropiación de la plusvalía, lo cual significa saqueo para el pueblo. Desde nuestro punto de vista podemos decir que siempre, tanto la importación como la exportación de capitales, significan para nuestro pueblo la expropiación de recursos, fuerza productiva y riquezas.

Los capitales nunca dejaron de invertir en nuestro país

Otro latiguillo utilizado por los gobiernos de turno y fundamentalmente por el actual representado en la figura de Kirchner, es el de que debemos ofrecer a los capitales mundiales un ambiente de paz interior, seguridad institucional y estabilidad para que vengan a instalarse y traigan su riqueza “de la cual nos beneficiaremos todos”.

Muchas veces nos preguntamos, ¿por qué habrían de venir a instalarse los capitales en Argentina, que les “ofrece”, crisis política de la burguesía dominante, inestabilidad jurídica, inseguridad institucional, y por sobre todo, elevado desarrollo de la lucha de clases que origina todo lo anterior?

La respuesta está en la propia esencia del sistema capitalista: en donde más desarrollo ha alcanzado el capitalismo, o sea en los países centrales, es donde obtienen menor cuota de ganancia, y por lo tanto las inversiones para obtener más masa de plusvalía deben

efectuarlas en los países como el nuestro a pesar de todos los riesgos que ello significa. Una prueba de ello es que en sólo este año, con default y todo, los monopolios han invertido más de 7 mil millones.

La exportación de capitales es una necesidad del imperialismo y no una demanda de los pueblos, como nos quieren hacer creer.

Los capitales requieren países en donde el costo de las materias primas, los insumos, la instalación de sus empresas (consiguen exenciones impositivas, infraestructura gratis y otras prebendas que les proporcionan los Estados) y la fuerza de trabajo (los sueldos) sean más baratos. Entonces hacia allí van sin vacilación, atraídos por un imán de fuerza irresistible.

La exportación de capitales profundiza las pujas interimperialistas

La exportación de capitales, además, profundiza las contradicciones interimperialistas.

Hay ramas de la producción que en determinados países, son más rentables que en otros.

Por diversos factores históricos y económicos, resulta que, por caso en nuestro país, el petróleo, la energía eléctrica, el gas, la producción de granos y aceites primarios, el acero, la minería, la pesca, la carne, la industria automotriz y de autopartes, y otros negocios importantes son los que mayor rentabilidad generan para los monopolios. Eso va creando desigualdades en el desarrollo de la economía y, en consecuencia, del país todo. Se profundizan las diferencias entre el campo y la ciudad, la industria de punta y la menos desarrollada, la centralización en desmedro de las economías regionales, etc.

La exportación de capitales profundiza el desarrollo desigual del capitalismo mundial haciendo que los grupos económicos se enfrenten en dura competencia, en la que no ahorran las formas más violentas como las guerras, por las disputas de mercados, fuentes de materias primas, y la dominación política hacia sus competidores y pueblos enteros.

Las expresiones políticas que de esa concentración se derivan, también se ahondan. Las contradicciones interimperialistas se exageran y los discursos sobre la defensa de la paz mundial que a diario sermonean desde las usinas burguesas de difusión se alejan más y más de la realidad conflictiva y competitiva que ese desarrollo desparejo genera.

Las relaciones intermonopolistas se crispan y las luchas por el dominio de los mercados y por la hegemonía del poder se intensifican a grados superlativos, profundizando la crisis política de la oligarquía financiera. Se cuestiona y redefine el “reparto” del mundo.

Así como hay ramas que prosperan y que obtienen superganancias a costa del hambre y la miseria de los pueblos, hay otras que sucumben y desaparecen también a costa de la miseria y el hambre de los mismos pueblos superexplotados.

A modo de conclusión

- La exportación de capitales es una característica del imperialismo.
- La exportación de capitales surge como una necesidad del capitalismo de obtener mayores ganancias de las que la frontera nacional les permitía hasta ese momento.
- La exportación de capitales implica una política colonial ya que se basa en la anexión de territorios, fuentes de materias primas, recursos naturales, instalación de empresas, empréstitos, etc.
- La exportación de capitales se realiza mediante múltiples mecanismos siendo los bancos los instrumentos fundamentales utilizados por la oligarquía financiera para tal fin.

- La exportación de capitales permite a la oligarquía financiera no sólo esquilmar el esfuerzo de todo el pueblo trabajador sino, además, de sectores de la burguesía a la que despoja de la plusvalía que obtuvo de la explotación del trabajo asalariado.
- La exportación de capitales se orienta preponderantemente hacia los países periféricos ya que es en ellos en donde obtienen mayor rentabilidad.
- La exportación de capitales profundiza el desarrollo desigual del capitalismo y por lo tanto, las contradicciones interimperialistas.
- Mediante la exportación de capitales y todo lo que ello ha generado, el mundo se ha transformado en un mercado único que no reconoce fronteras.
- Dentro del sistema capitalista, hoy es imposible concebir los negocios de los monopolios sin exportación de capitales.
- En nuestro país, el gobierno de Kirchner no sólo continúa con la exportación de capitales sino que la ha profundizado a niveles desconocidos hasta hoy, saqueando y profundizando la miseria de nuestro pueblo.

Políticamente es imposible plantearse modificar la succión de capitales (trabajo acumulado) sin destruir el sistema que genera ese mecanismo.

Con sus luchas, el proletariado y demás sectores populares pueden asestar duros golpes a los monopolios evitando, por períodos que pueden prolongarse más o menos tiempo, una sangría mayor.

Pero la única manera de acabar definitivamente con esta situación es mediante la expropiación de esos capitales, hoy en manos de la oligarquía financiera, y convertirlos en recursos para la producción planificada de bienes que satisfagan las necesidades más acuciantes de la población y sienten las bases materiales para concretar los sueños y aspiraciones de una vida digna y próspera para nuestro pueblo.

Para ello, es necesario hostigarlos y golpearlos cotidianamente para debilitarlos y marchar hacia la conquista del poder, desde donde el proletariado y demás sectores populares realizarán las transformaciones revolucionarias socialistas necesarias para tal fin.

UNIDAD POPULAR

Una concepción para la lucha por el poder

La historia de nuestro pueblo es muy rica en experiencias de unidad popular. Pero cada nueva etapa histórica requiere profundizar el camino recorrido para definir las tareas del momento.

Nuestro Partido ha lanzado la propuesta de un programa de unidad política para la vanguardia revolucionaria que se va forjando en las luchas de nuestro pueblo, precisando un programa de acción que comience a materializar el proyecto revolucionario desde las experiencias que se vienen realizando en cada rincón del país.

La teoría revolucionaria ha dedicado un importante espacio a la cuestión de la unidad popular, a la vez que dicha teoría se ha visto enriquecida por los distintos procesos que transitaron los pueblos, los cuales fueron aportando ricas y variadas experiencias que se fueron sintetizando y ayudando al avance de la teoría. Precisamente, nuestra intención en este artículo no es abordar el tema desde los aspectos eminentemente teóricos, sino desde el análisis de la experiencia desarrollada por nuestro pueblo y nuestro Partido y, a partir de allí, exponer las concepciones tácticas y estratégicas que hemos sintetizado hasta el presente.

Nos encontramos en una etapa muy particular de la lucha de clases en nuestro país. A decir de otros revolucionarios “lo nuevo puja por nacer y lo viejo se resiste a morir”. Hoy, en lo inmediato, la necesidad es plasmar una opción revolucionaria para el conjunto del pueblo argentino. Por eso es tan importante que en este momento histórico que nos toca vivir, las nuevas camadas de luchadores que se incorporan todos los días a la batalla política cuenten con una táctica y una estrategia de unidad popular que sirva a los intereses de la lucha por el poder, que no son más que los intereses de la mayoría del pueblo argentino.

UN POCO DE HISTORIA

El título del presente artículo no es caprichoso. Efectivamente, durante décadas se han promovido y construido frentes o alianzas que, con una verborragia revolucionaria, dejaban a un costado el problema del poder. Precisamente, la fundación de nuestro PRT (en mayo de 1965) se da en un momento histórico en el que la falta de una organización revolucionaria resueltamente decidida a luchar por el poder se había convertido en una necesidad de primer orden para un movimiento de masas en ascenso permanente, en un contexto internacional de desarrollo de las fuerzas populares y revolucionarias, en las que las experiencias de Cuba y Vietnam eran la avanzada en ese proceso.

Vale reconocer que en los inicios, producto de la heterogeneidad de su composición y de experiencias de las que provenían sus fundadores, nuestro Partido asumió la necesidad de la unidad de la clase obrera y el pueblo contra el enemigo común, pero con una insuficiente definición de las herramientas y las políticas para llevar adelante ese objetivo. Sin embargo, ya en el Vº Congreso nuestro Partido resuelve: “La construcción de organizaciones de masas lo más amplias posibles para luchar por sus reivindicaciones inmediatas, constituyen una necesidad estratégica del Partido para reforzar su influencia sobre las capas más atrasadas del proletariado y facilitar el tránsito hacia la comprensión del socialismo entre las amplias masas”. Esta línea se profundizaría luego con el

lanzamiento de los Comités de Base. Si bien esta decisión se toma en el marco de la inminente apertura electoral de ese momento (enero de 1972), se la caracteriza como una decisión estratégica pues, a través de esos organismos, el Partido apuntaba a “potenciar y desarrollar todas las fuerzas populares, tanto en el plano reivindicativo como político”. No nos proponemos aquí analizar las cuestiones que impidieron el desarrollo de esa línea aunque algunas experiencias, que no lograron consolidarse en el tiempo, comenzaban a mostrar la relación directa entre los Comités de Base y la estrategia de poder. Sí queremos resaltar que en el espíritu de éstas se encuentra claramente una concepción que entendía la unidad del proletariado y el pueblo, desde el vamos, como una cuestión que debía realizarse, fundamentalmente, a partir de las aspiraciones y del lugar en el que esa unidad se desarrollaba, es decir desde el seno mismo del movimiento de masas, allí donde están sus problemas y reivindicaciones más sentidas y que, desde allí, aspiraba a la construcción de órganos de poder local. Al mismo tiempo, esta concepción de la unidad tiene un profundo carácter clasista debido a que no se propone ir por detrás de las propuestas burguesas; por el contrario, su aspiración central es lograr la unidad a partir de los intereses inmediatos de la clase obrera y demás capas populares, en un proceso de construcción de un poder nacido y desarrollado en los más profundo del movimiento de masas que cuestione consecuentemente al poder de la burguesía.

LA UNIDAD Y LOS ACUERDOS

A partir del carácter de la unidad expresado hasta aquí, es importante comenzar a desarrollar esta idea desde la aplicación concreta. La unidad popular desde una concepción de poder debe diferenciarse claramente del problema de los acuerdos. A estos nos referimos cuando se trata de las coincidencias a las que puedan arribar las distintas organizaciones populares y revolucionarias; por otra parte, dichos acuerdos pueden tener un carácter estratégico, táctico y hasta coyuntural. En cambio la unidad del pueblo, entendida como la organización básica que se plasma en el movimiento de masas desde las reivindicaciones más inmediatas (sean estas económicas, políticas o sociales) apunta a la construcción del poder del pueblo allí donde la población produce, trabaja, vive, estudia en un proceso en el que las masas se educan desde la lucha, la movilización y la organización que va materializando a cada paso el poder que reside en ellas. En ese proceso pueden desarrollarse organizaciones políticas pero la organización de las masas es de las masas, no debe tener dueños ni apropiadores de la experiencia y las herramientas que las mismas construyen. Precisamente, el no respetar este concepto, hace que se le dé prioridad a las alianzas “por arriba” pues se parte de la base que porque una u otra organización forma parte de esas herramientas del pueblo, las mismas son patrimonio de tal o cual partido. Así se cae en el “aparatismo” que cree dirigir políticamente o tener presencia política porque despliega una bandera de su partido o porque utiliza un lenguaje que aparece como revolucionario.

Esta práctica, muy extendida en la llamada izquierda, es repudiada y deshechada por las masas que rechazan cualquier maniobra aparatista, sea de izquierda, de centro o de derecha. No se trata de un problema de mala voluntad o de errores en la aplicación de una política determinada; la causa profunda de estas prácticas es producto de una política de vuelo bajo, que no mira más allá de sus propias narices pues lo único que interesa es captar afiliados para su partido que, teóricamente, se traducirán en nuevos votos en las próximas elecciones. Se trata, en definitiva, de una concepción reformista que termina

llevando agua para el molino del sistema, ya que no permite (al contrario obstaculiza, rompe, corrompe) la experiencia del movimiento de masas. Un ejemplo claro y cercano de lo que decimos fue cómo terminó el proceso de las asambleas populares que en su origen significaron verdaderas herramientas de organización política del pueblo, pero que terminaron “copadas” por las izquierdas de todo pelaje y con las masas como convidadas de piedra.

Pero volvamos a los acuerdos. El movimiento de masas en la Argentina ha transitado un proceso de aprendizaje histórico sin precedentes. En este camino recorrido, las masas han vivido en carne propia las mentiras de las instituciones burguesas y han resuelto darle la espalda a las mismas. Al mismo tiempo, de la mano del desarrollo capitalista, la socialización de las formas de producción ha desparramado sus métodos y prácticas al conjunto del cuerpo social. De esta manera conceptos como líder, dirigente, conductor no significan lo mismo que en otras épocas. Lo que cambió esencialmente es que esas definiciones ya no corren si pretenden ser impuestas de arriba hacia abajo; los líderes que las masas reconocen son los que nacen producto del protagonismo colectivo y, por lo tanto, deben respetar a rajatabla las decisiones surgidas de la práctica de la democracia directa. Es así que el sello de la autoconvocatoria es una marca indeleble en toda experiencia que las masas emprenden por sí mismas, sin la tutela de los viejos aparatos de la burguesía. Esto se traduce en un rechazo visceral a todo lo que tenga tufillo institucional, todo lo que venga desde arriba. Y en esa bolsa también caen (como decíamos más arriba) los “revolucionarios” con prácticas de caudillos.

No entender este proceso significa volver a repetir fórmulas que han sido barridas por la Historia. Empezar todavía propuestas políticas en las que un grupo selecto se pone de acuerdo sobre lo que hay que hacer, por arriba de la experiencia del pueblo, apunta más a resolver la irrepresentatividad de tal o cual sector que a emprender la verdadera solución de los problemas del país y sus habitantes.

LAS TAREAS DEL MOMENTO

Nuestra organización ha retomado la línea estratégica de los Comités de Base y ha lanzado la propuesta de un programa de unidad política para la vanguardia revolucionaria que se ha forjado en las luchas de nuestro pueblo. Y entendemos estos problemas inmediatos desde una óptica estratégica: se trata de herramientas indispensables para avanzar en el proceso de lucha por el poder de la clase obrera y el pueblo argentinos. Comprendemos estas tareas en dos planos que se alimentan entre sí. En primer lugar, los Comités de Base son un primer paso para la construcción de organizaciones políticas de masas que respeten y hagan propia toda la experiencia acumulada por nuestro pueblo en décadas de lucha. Por ello dichos Comités de Base no son organizaciones partidarias, deben ser los verdaderos embriones de organización del poder local, en el que se plasma la unidad inmediata de todos los explotados y marginados por el sistema capitalista. Vayamos a un ejemplo concreto: El militante revolucionario propone iniciativas de acción que tienen que ver con las demandas y los reclamos de las masas del lugar; de esta manera, comienza un proceso de movilización y unidad concreta de voluntades de distintos sectores de la sociedad, se impulsan otras iniciativas y nuevos reclamos que tienen a las masas como principal protagonista para que la política de poder eche raíces profundas desde el inicio. Esa unidad de acción se lleva adelante con el grado de organización que la experiencia permita, pero estemos seguros que esos niveles

organizativos, por incipientes que parezcan, son los cimientos sólidos de la política revolucionaria, pues de esta manera la política y la organización se van forjando íntimamente ligadas a las aspiraciones y al ejercicio del poder local del conjunto de las masas, y al mismo tiempo el militante portador del proyecto de poder, en el curso de la lucha, encontrará los caminos para ampliar la influencia de las ideas y propuestas revolucionarias en lo más amplio del pueblo.

Y esto será efectivamente posible pues el movimiento de masas está en la búsqueda de un verdadero proyecto de cambio con la condición que el mismo nazca y se desarrolle sin paternalismo ni subestimación. Así se irán construyendo organismos que jugarán un papel central en la movilización y organización política de masas, plasmando la unidad desde lo que las masas están dispuestas a realizar y a construir con su activa participación.

En el curso de esta experiencia seguramente nos encontraremos con grupos de luchadores y activistas que vienen configurando la nueva vanguardia del actual proceso de lucha de clases. Nos referimos a los que la vienen pelando de muchos años y que han mostrando un compromiso inquebrantable con el pueblo. Esta vanguardia nace y se desarrolla a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía; son decenas de miles que hoy se encuentran en la búsqueda de una propuesta revolucionaria.

Los cinco puntos de propuesta de unidad política que nuestro partido ha lanzado los tiene como principales destinatarios, no para caer en acuerdos de escritorio o en consignas tales como “coordinación de las luchas” sino para cimentar los caminos de la unidad del movimiento revolucionario que encuentre puntos de coincidencias con una política nacional desde la acumulación lograda en el plano local, y que a la vez proyecte esas experiencias a un plano superior de la lucha política por el poder.

Esto significa ir precisando un programa de acción política que comience a materializar el proyecto revolucionario desde las experiencias que se van realizando en cada rincón del país. Por eso decimos que no se trata de salir todos el mismo día y a la misma hora sino que cada enfrentamiento, cada reivindicación, cada lucha por los distintos reclamos que exige nuestro pueblo vayan teniendo como norte objetivos políticos que los unifiquen, los emparenten y los orienten hacia un proyecto de lucha por el poder.

A modo de conclusión, reafirmamos que el avance y la realización de la unidad deben sostenerse sobre bases muy sólidas; esas bases la constituyen:

Un movimiento de masas en ascenso que aspira a resolver sus problemas inmediatos y a ir encontrando las soluciones de fondo a la crisis estructural de nuestra patria.

La manifestación de una vanguardia cada vez más amplia, que ya hace tiempo está a la búsqueda de un proyecto revolucionario.

Sobre ese terreno se presentan condiciones muy favorables y, lo que es más importante, una necesidad histórica de aportar a la construcción de una unidad popular que materialice organizaciones estables del poder local, que serán los pilares de la construcción de la sociedad socialista.

El gran teatro de la democracia burguesa

Los monopolios se han apoderado del Estado y son ellos los que extreman los cuidados para mantener la democracia burguesa. Así, todo se cuestiona, menos el poder que ellos detentan. Cambiar todo para no cambiar nada, es el eje de la mentira burguesa. Pero la desconfianza crece y los trabajadores y el pueblo solidifican su experiencia a través del enfrentamiento.

Los engaños de la burguesía que duran 48 horas, tienen que durar 24 horas y cada vez menos. Hay que desenmascarar todo el vocabulario progresista y no dejarlos hacer pie: la experiencia de nuestro pueblo da pruebas de su conciencia.

La clase burguesa tiene dos formas de dominación: una es la represiva y la otra es el engaño. Así, se alternan para garantizar la explotación de la clase obrera y la opresión de la mayoría del pueblo. Para la burguesía, el engaño es la mejor forma de sometimiento, ya que utilizando esta metodología intenta por todos los medios embretar a vastos sectores del pueblo en el gran teatro de la democracia burguesa.

Vivimos una época muy compleja, en donde la dominación de la burguesía monopólica atraviesa una crisis política de envergadura, entendiendo por crisis política, esencialmente, la NO credibilidad del pueblo en todas las instituciones del Estado Monopólico, el parlamento, la justicia, las fuerzas represivas, el peso de las instituciones religiosas, la educación, etc. Crisis política entendida desde la desconfianza a todo lo que viene del poder. Esta situación no tiende a solucionarse sino, por el contrario, a agravarse. El poder de los monopolios encaramado en los distintos gobiernos, atina a resolver los problemas de las facciones de poder que en este momento histórico gravitan y dominan, incluso sometiendo en ese proceso a otras facciones de la oligarquía financiera.

Las contradicciones ínter oligárquicas tienden a agudizarse, en la medida que la situación popular va creciendo en luchas, organizaciones y rebeldías a lo establecido. Los caminos del engaño van siendo repelidos por la población con reclamos justos y, cada vez más, el capital financiero deambula por un andarivel y las aspiraciones populares por otro.

Las políticas de engaño tienen tranco corto: ayer la bravuconada con el FMI, después el bochorno con China, y mañana vayamos a saber qué. Pero en la vida cotidiana de nuestro pueblo, lo que pesa son los salarios miserables, la pobreza instalada en millones, la falta de salud, educación, la vivienda en su peor hora, la falta de soluciones, etc. Esta es la vida real, esta es la vida que pesa.

UNIDOS EN EL ESPANTO

En este marco político de crisis de dominación por parte del poder, la democracia burguesa –y particularmente su principal elemento del engaño hoy por hoy, las elecciones de 2005– padecen desde el vamos de olores nauseabundos. Las superestructuras de los partidos tanto de derecha como de izquierda sienten afecto a nadar entre el fango, ni siquiera les importa en lo más mínimo la experiencia de nuestro pueblo en torno a tales acontecimientos. Pero nada de todo esto es casual, ni se trata de burdas equivocaciones: el poder de la oligarquía financiera radica en unir en el espanto a lo peor de la sociedad, para mantenerse en la mejor forma de dominación, que es la democracia burguesa.

Los monopolios se han apoderado del Estado y son ellos los que extreman los cuidados para mantener la democracia burguesa. Así, todo se cuestiona, menos el poder burgués. Hasta hacen gatopardismo, incluso, cambiar todo para no cambiar nada. Frente a la rápida concentración económica producida en la crisis de 2000, se les hace imprescindible la adecuación en política a esa situación material, que es mayor centralización. Sin embargo, y a pesar del poder burgués, la lucha de clases existe y allí radica el movimiento esencial de los procesos que ponen trabas a la rueda de la opresión.

La lucha antimperialista tiene que tener un carácter de clase bien definido: esta es la base de nuestro pensamiento. La lucha antiimperialista desclazada –aquella que vastos sectores de la izquierda azuzan en nuestro país– lleva necesariamente a confundir enemigos y, por lo tanto, confunde aliados y tácticas, negociando con el mejor postor. Y a la hora de pellizcar algo, ni su desclazado antimperialismo respetan.

En la hora actual, la lucha antimperialista y la lucha contra la burguesía monopólica están íntimamente entrelazadas. Separarlas implica –en política– creer en las “bondades” de los gobiernos burgueses, en sus “luchas antimperialistas”. Veamos: se trata de plantear que en nuestro país existe una burguesía nacional con poder, capaz de flamear banderas nacionales con intereses burgueses nacionales, contra los monopolios imperialistas radicados fuera de nuestras fronteras... Razonan: aunque burgueses y capitalistas, no nos tiremos contra estos gobiernos que levantan firmes banderas antiimperialistas...

En la era del capitalismo monopolista, los monopolios dominan todas las escenas, y en nuestro país, particularmente, hasta los individuos que hoy ostentan cargos públicos fueron, son o serán parte de los grupos monopólicos que toman las decisiones en nuestro país.

En este contexto, ser marxista no es entender a Marx en el reconocimiento de la lucha de clases. Hoy como nunca, se es marxista en la medida en que se reconozca la lucha de clases y le agreguemos la lucha por tomar el poder y luchar por la destrucción del Estado capitalista golpeando sus cimientos. A partir de esa premisa, nuestro Partido plantea la democracia para la mayoría de la población y la dictadura para las minorías, entendiendo por dictadura la más férrea represión a las minorías privilegiadas bajo el capitalismo monopolista, que tratará por todos los medios de boicotear y producir el peor de los terrorismos, contra los pueblos laboriosos.

La lucha antimperialista y la lucha anticapitalista no se pueden entender desde una democracia burguesa con funcionarios de los poderes más oscuros del capitalismo, democracias burguesas en donde el voto determina qué sector del poder nos expoliará. Ninguna expectativa a nada, ninguna credibilidad al cuento de la zanahoria, la democracia burguesa tiene un interés material que la sustenta y los revolucionarios tenemos que luchar para que la desconfianza que se traduce en el poder burgués vaya materializándose en fuerza política revolucionaria de masas, capaz de revertir situaciones trágicas como los altos índices de mortalidad infantil en nuestra tierra.

ENCAMINARNOS A LA LUCHA POR EL PODER

Ya no se trata de que el pueblo intuye y rechaza los engaños. Hay que plantearse una lucha que contemple un nuevo Estado y un nuevo poder. No basta con plantearse una mejor distribución de la riqueza como si en los marcos del Capitalismo Monopolista ese sueño pudiese cumplirse. Se trata de arrancar todo lo posible de mejor distribución

mediante la lucha, el enfrentamiento, el reclamo, la movilización, pero no quedarnos en ello.

Este enfrentamiento –para que tenga una solución de fondo– tiene que plantear otro poder, que no mejore la distribución, sino que la ponga en manos de los que la producen y trabajan. Esas son decisiones políticas que se ejercen con el poder en las manos.

¿El reclamo, sirve? ¡¡Cómo no va a servir todo lo que sea un paliativo al dolor!! Pero para lo que entre por un bolsillo no salga por el otro y la lucha no caiga en senderos estériles, no canse, hay que encaminarse a la lucha por el poder.

Nuestra Revolución está en marcha y las condiciones van favoreciendo a la correlación de las fuerzas populares, pero eso no alcanza: hay que tratar de que el engaño que dura 48 horas, dure 24 horas y cada vez menos. Hay que desenmascarar todo vocabulario progresista –punta de lanza del imperialismo– y no dejarlos hacer pie, aunque la experiencia de nuestro pueblo de pruebas de su conciencia. El actual Estado es de los monopolios, sus gobiernos son instrumentos de los monopolios y las instituciones están totalmente al servicio de los poderes monopólicos. No existe ninguna posibilidad ni se puede cifrar ninguna expectativa por mejorar las cosas, mientras ese poder no sea desplazado por un nuevo poder.

Reformismo y contrarrevolución (Primera parte)

No en vano en la actual situación por la que atraviesa nuestro país, las propuestas reformistas ocupan un lugar central en la acción de la burguesía. Frente a su crisis política y al creciente estado de ánimo y nivel de las luchas, apelan a todo lo que tienen a mano y si es para confundir y empantanar la acción popular, mejor.

La utopía socialista, el ocultamiento de la lucha de clases, el obsesivo sostenimiento de la paz social, luchar exclusivamente “dentro la ley”, la defensa de la democracia burguesa y el inocultable ataque a la propuesta revolucionaria, son algunas de las manifestaciones del Reformismo que se abordan en el presente artículo; dejando para una segunda parte el problema de la lucha por la toma del poder, que los contrarrevolucionarios niegan como otra forma de proteger los intereses burgueses.

En sus orígenes el reformismo fue definido por los primeros revolucionarios proletarios como la tendencia política de sectores de la clase obrera no sólo a desconocer la revolución como vía para la solución definitiva de la explotación capitalista y de todas las miserias y penurias que de ella se derivan sino también como una expresión política organizada dentro de la clase que actúa como punta de lanza de la ideología burguesa con el último fin de desviar la lucha revolucionaria, confundir al proletariado y lograr su derrota política a manos de la burguesía.

Tal como hemos afirmado en otros artículos de esta revista, en lo económico, el reformismo plantea la distribución equitativa de la producción capitalista sin cuestionar el modo de producción.

Los primeros y más encumbrados representantes de esta posición tan dañina para la clase obrera formaron una organización internacional que se conoció mundialmente como la Segunda Internacional, y desde allí pergeñaron los más duros ataques y embestidas contra la clase obrera en general y contra el movimiento revolucionario en particular.

Lenin dio una sostenida lucha contra las posiciones reformistas antes, durante y con posterioridad a la toma del poder por el proletariado soviético.

En épocas de Lenin, junto a los reformistas y comúnmente asociados a éstos aparecían los oportunistas y socialchovinistas (nacionalistas) quienes, desde aparentes posiciones políticas diferenciadas, se unían y entrecruzaban formando, podemos decir, una sola posición política que, además, tenían en común el trabajo político al interior de la clase obrera con el fin de desviarla de su destino histórico revolucionario.

Pero esta tendencia, por ser una expresión de la ideología burguesa en la propia clase obrera, ha subsistido y seguirá enfrentándose a la revolución. Mientras exista la burguesía, el reformismo, aunque con distintas formas, se manifestará como expresión política de dicha clase en el seno del proletariado.

En nuestro país, el reformismo ha recorrido un largo camino hasta los días presentes. La conformación del Capitalismo Monopolista de Estado y la crisis política de la burguesía, le han configurado una particularidad que es necesario analizar y profundizar para detectarlo y combatirlo.

Pero, ¿cómo se manifiesta principalmente el reformismo? ¿Cómo es su forma actual? ¿Cuáles, sus planteos políticos e ideológicos? Veamos algunas manifestaciones.

La utopía socialista

Este planteo esgrimido por el reformismo se basa en que el objetivo de una sociedad socialista es una propuesta nacida de una elaboración totalmente intelectual y como tal puede darse o no. A partir de ello, resulta tan posible la continuación del capitalismo como la revolución socialista. Todo depende, en forma exclusiva, de la voluntad del hombre y por lo tanto las tendencias históricas no tienen ninguna validez. Siguiendo con este planteo también resulta posible una sociedad precapitalista como la vuelta a la producción ligada a la tierra y a la naturaleza, en oposición a los desastres ocasionados por la gran industria capitalista. Nos llaman a construir un mundo más justo, sin contaminación, en convivencia armónica y feliz entre los hombres, las plantas, los animales, y por qué no... los extraterrestres.

Tal planteo viene de la mano de intelectuales que, desde una posición aparentemente crítica de la sociedad capitalista, ponen en un pie de igualdad a los fundamentos científicos del marxismo sobre el determinismo histórico (que se basa en que la contradicción antagónica de la sociedad capitalista –producción social y apropiación individual– inevitablemente se resolverá con el surgimiento, más tarde o más temprano, de la sociedad socialista basada en la producción social de bienes y la apropiación social de los mismos, destrabando con ello el desarrollo de la fuerza productiva social que ocasiona la propiedad privada capitalista).

En realidad la utopía consiste en querer detener el curso histórico y frenar el desarrollo de la sociedad decretando que el capitalismo existirá para siempre, y que la acumulación de muerte, hambre, pobreza, injusticia, odio de clases, freno y destrucción de fuerzas productivas, siempre serán controlados por un racimo de familias oligarcas que sujetarán esa fuerza incontenible en el marco del sistema que los beneficia.

El ocultamiento de la lucha de clases

Así como para el reformismo no existe el determinismo histórico, tampoco existe la lucha de clases.

Si bien reconocen diferencias sociales, basan la existencia de las mismas en los ingresos económicos (ricos y pobres) y no en el papel que los grupos humanos juegan en la producción (es decir las clases sociales). Así desdibujan las fronteras existentes entre los poseedores del capital y la clase de los proletarios que sólo poseen su fuerza de trabajo, la cual se ven obligados a poner a disposición de los primeros para poder sobrevivir a cambio de un salario.

Debido a que hace eje en el ingreso, el reformismo alienta la idea de que una más justa distribución del producto social conformará a los que menos tienen y por lo tanto los que más tienen podrán vivir para siempre (ellos y sus descendientes) explotando mano de obra ajena.

Esconden el problema de la explotación capitalista: la apropiación por parte del burgués del producto del trabajo no remunerado (plusvalía). Desde una fraseología aparentemente clasista, sectores políticos denominados progresistas reducen el carácter antagónico entre los intereses de la burguesía monopolista y el proletariado y demás sectores populares, a un forcejeo por mejores salarios y condiciones de vida para éstos sin cuestionar –y menos tocar– la propiedad privada de los medios de producción de aquélla.

Por el contrario, los revolucionarios marcamos a fuego la existencia de las clases sociales y la tendencia histórica a que el antagonismo entre las dos más importantes de la sociedad

capitalista: la burguesía y el proletariado, se profundice de tal modo que aunque la burguesía requiera la existencia del proletariado, éste será el sepulturero de aquella cuando, en alianza con los demás sectores populares, tome el poder y realice la revolución socialista.

El sostenimiento de la paz social

Con base en la inexistencia de la lucha de clases, uno de los planteos principales del reformismo es el mantenimiento de la paz social.

Este constituye un alegato permanente de “izquierdistas”, “progresistas críticos al sistema capitalista”, “intelectuales bien intencionados”, etc.

Al igual que las guerras por la posesión de mercados y fuentes de materias primas, la paz social al interior de los países es una necesidad del capitalismo imperialista. Pues mientras ésta exista, los monopolios seguirán haciendo sus negocios aunque ello, como dijimos, genere muertes de miles, indigencia de millones, enfermedades, pobreza y demás catástrofes para nuestro pueblo. Esta situación transforma a la pretendida paz social en una quimera.

En medio de las condiciones generadas por el capitalismo, la paz social tiene un profundo significado reaccionario y antihumano. Conduce a la resignación y a la aceptación de los crímenes imperialistas sin oponer resistencia.

La paz social es enemiga de la revolución. Por el contrario, la acción cotidiana, el golpeteo permanente, el hostigamiento a la burguesía y sus cómplices es una actitud sostenida que debemos tener los revolucionarios. La lucha y la movilización social son el terreno en donde pueden desarrollarse las fuerzas revolucionarias capaces de dar fin a la explotación capitalista.

Dentro de la ley todo...

Otra de las ilusiones que alimenta el reformismo es querer hacer creer que las luchas por los reclamos populares debe transitar el camino de la ley burguesa.

Según esto, es posible lograr mejores condiciones de vida, organizando los petitorios a las autoridades legalmente constituidas y dejando en manos de ellas la solución a nuestros problemas.

El reformismo tiende a embutir la protesta social en el embudo de la legalidad tratando que el movimiento social no se descontrola ni se desmadre. “Dirigentes” sociales y políticos de izquierda han llegado a convenir con los gobiernos de turno, formas de protesta social convenientemente planificadas fijando horarios para las mismas. En caso de cortes de calles asegurar el paso de vehículos por caminos alternativos con tal de no perjudicar el correcto desarrollo de la producción y el comercio.

La reglamentación de las huelgas que el imperialismo impone, es respetada a rajatabla por los reformistas. Temen la lucha de masas y en caso de que no se pueda frenar la misma, hacen lo imposible para que la “resolución” de los reclamos desemboque en manos de los “representantes políticos o sociales”.

El Partido Revolucionario impulsa la lucha de masas como centro de su actividad política procurando que las mismas tomen en sus manos con la metodología que más convenga a sus intereses (legal o ilegal, violentas o pacíficas) no sólo la actividad desplegada hacia la conquista de sus reclamos sino también la resolución de todos los problemas y la

superación de las dificultades que el propio camino les impone, como forma de ejercicio de poder popular y aprendizaje para la construcción posterior de la sociedad socialista.

La defensa de la democracia burguesa

Detrás de la defensa de la “democracia” se esconde otra mentira del reformismo. Así planteado, pareciera que no existen distintas democracias de acuerdo a las clases sociales que las sostienen. En consecuencia la democracia actual, es decir la democracia de los monopolios imperialistas, es lo que hay que defender para que no avance la derecha. Al planteo formal del gobierno de Kirchner sobre la defensa del interés nacional y de los derechos humanos se le asigna una validez religiosa y ciega aunque dicho discurso conviva con los hechos del hambre generalizado, la pobreza que se profundiza, el salario miserable, las leyes de flexibilización laboral, la superexplotación, la entrega del patrimonio nacional a los monopolios, la ausencia total de futuro digno, etc.

Con el cuco de la amenaza de la derecha y de la defensa de la democracia (burguesa) se pretende frenar el ímpetu de la lucha popular y echar agua al fuego revolucionario.

En contraposición, la democracia revolucionaria nace al calor de la lucha en las fábricas y en cada lugar en donde las masas populares van por lo suyo y no escatiman métodos ni fuerzas para lograrlo, imponiendo con su decisión la conquista de sus reclamos. La democracia revolucionaria se sostiene desde el proletariado organizado y se expande hacia el pueblo desde los centros fabriles y avanzando sobre los pilares que las masas construyeron a partir de la autoconvocatoria y la acción independiente de toda tutela burguesa.

El culto o subestimación de las reformas y ataque a la propuesta revolucionaria

Una característica muy marcada del reformismo es intentar que las luchas populares por la satisfacción de las necesidades más acuciantes no supere el marco de la crítica a meros aspectos del sistema de dominación. Para ello, sus cultores, sermonean permanentemente en contra de la política enredando las cosas de tal forma que confunden deliberadamente, identificando como una sola la política corrupta de los monopolios con la política revolucionaria. Argumentando siempre contra “la política”, atacan los planteos revolucionarios, y defienden los planteos burgueses tratando de conducir las luchas a vías muertas mediante la negociación espuria a espaldas del pueblo, el ruego a las autoridades, el aborto de cualquier iniciativa de acción independiente, la división entre sectores populares.

Muchos de estos reformistas que toda la vida se pasaron recitando que “aquí no se hace política”, terminaron en puestos políticos al servicio de los monopolios. Ejemplo de ello son muchos sindicalistas diputados o senadores, vecinalistas que ahora son concejales o diputados, etc.

En aparente rechazo a esta posición reformista aparece una postura izquierdista de subestimación a la lucha por los reclamos populares ya que “la política revolucionaria pasa por plantear el socialismo”. En la expresión: “las masas hacen sus luchas y no necesitan de los revolucionarios para llevarlas a cabo”, “los revolucionarios estamos para otras cosas” se esconde esta posición política oportunista que termina en el reformismo ya que deja el terreno libre a la burguesía en los problemas más sentidos de las masas. Esta posición niega la táctica revolucionaria ensalzando una supuesta estrategia revolucionaria, desarmando a las masas y dejándolas sin herramienta de organización

política para enfrentar a la burguesía e ir transitando el camino hacia la revolución. Esta posición política es tan nociva como la anteriormente descrita que niega la política estratégica.

Los revolucionarios debemos tomar las reivindicaciones de las masas como propias ya que pertenecemos a las masas. No basta con participar personalmente en las mismas. El Partido Revolucionario debe sintetizar una política para avanzar con los reclamos de las masas en la lucha por proponer las ideas revolucionarias, sobre todo con el ejemplo vivo de la acción. Un ejemplo vale más que mil palabras y es a partir de él que los hombres y mujeres de las masas son motivados a la acción y organización independiente contra el poder burgués.

La autoconvocatoria nace de esa actitud y a partir de allí puede ser orientada al curso revolucionario, lo demás es pedagogía revolucionarista que conduce a la vía muerta de la idea que no se materializa en fuerza social.

“...Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que éste se percate. Sólo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la propaganda capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller –verídico o no–, una lección sobre las posibilidades del éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro... Se muestra el camino con escollos que, aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos: solamente se puede llegar sobre el fracaso de los otros...”

“...De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social... En momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieren categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela...”

“...(en el Socialismo, los hombres) ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en sus recompensas, pero ésta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista...”

“...Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde a la conciencia de la necesidad y el mismo ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto... Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte...”

“...El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el Hombre del Siglo XXI: nosotros mismos.”

(“El Socialismo y el Hombre en Cuba”, carta de Ernesto Guevara dirigida a Carlos Quijano, semanario Marcha, Montevideo, 12 de marzo de 1965)